

lilea y todas las partes de la Judea, que formaban el antiguo dominio del pueblo de Dios. Pero Jesús era mas que esto: era la víctima grande que habia de ofrecerse al Eterno Padre por la salud de todo el mundo sobre los montes de Israel, y era el Mesias, Doctor, Pastor, Maestro y Salvador de todos los hombres, y por este título habia de morir para merecerles á todos con la efusion de su divina sangre, y con su pasion y muerte dolorosísima, las gracias de salud y la gloria de la adopcion. Jamás se habia visto sobre la tierra, ni justicia mas severa, ni misericordia mas tierna, que la que se vió brillar en la pasion y muerte del Hijo bendito del Eterno, siendo como era, Santo, Inocente, sin mancha, segregado de los pecadores, y muy superior á los ángeles en todo aquello que podia constituirle infinitamente amable á la presencia del Padre. Su alma era la cosa mas bella, mas perfecta, mas cabal y completa que jamás hubiese salido de las manos del Altísimo, y era por lo mismo mas amada de él que todas las criaturas del cielo y de la tierra; su vida preciosísima era la vida de todo lo que vive; y su muerte habia de ser la agonía de toda la naturaleza, el horror del cielo y la afliccion de los ángeles; sin embargo, estaba dicho en las Escrituras que habia de ser sacrificado para la gloria de Dios, para la salud de los hombres y para el establecimiento de un nuevo culto fundado sobre la divinidad de su persona y sobre el mérito de su sacrificio; esta víctima y esta hostia debian ofrecerse en la solemnidad de la Pascua.

Fiel y exactísimo el Salvador en el cumplimiento de la voluntad de su Padre que hacia mas de cuatro mil años que esperaba esta hostia, que se le habia ofrecido desde su entrada al mundo, viendo que estaba ya todo dispuesto y que no faltaba sino la ejecucion del sacrificio, dió permiso al infierno para que desencadenara todas sus potestades contra su sacratísima persona. Había llegado esta hora y Jerusalem era el lugar donde el fuerte armado habia reunido todas sus fuerzas, al paso que el pueblo dócil y sencillo manifestaba dar á Jesús demostraciones de respeto y testimonios de confianza; por el contrario los magistrados, los sacerdotes y los pontífices, abrasados del fuego de su envidia estaban empeñados en perderlo; por cuyo motivo se habia salido Jesús de la ciudad y marchado á

CAPITULO XXVI.

EMPIEZA LA PASION DE JESUS.

§ 1.º

CONCILIO TENIDO EN JERUSALEN CONTRA JESUS, Y RESOLUCION DE PRENDERLE Y MATARLE.

Muy próxima estaba ya la Pascua de aquel año y la solemnidad que llamaban de los Azimos, en la que tenian los judíos la precisa obligacion de cumplir con un precepto de su ley, por el que debian consumir el pan comun, porque durante la festividad no podian comer sino el pan ázimo y sin levadura: é instando ya el tiempo en que debian cumplirse los designios de la justicia y de la misericordia del Padre que su Hijo esperaba con las mayores ansias, no podia este dejar de cumplir tambien los de su misericordia y amor, segun los habian descrito y anunciado los profetas. Habia de llenar las cualidades de Doctor y de Maestro, enviado singularmente para preparar el reino de Dios al pueblo que caminaba entre las sombras de la muerte, y esto estaba ya suficientemente cumplido en los tres años que habia recorrido en diferentes direcciones la Samaria, Ga-

Bethania. Allí fué donde dando rienda suelta á los afectos de su corazon, como en otras ocasiones lo habia hecho, declaró la proximidad de este tiempo sin rebozo alguno á sus discípulos, y les dijo: Sabed que dentro de dos dias han de celebrar los judíos su Pascua; pero sabed asimismo que no contentos con sacrificar sus corderos, sacrificarán tambien al Hijo del hombre que será entregado á los extranjeros, y estos le crucificarán. Y en efecto, en este mismo tiempo sus mas capitales enemigos que poseian los primeros cargos, así eclesiásticos como seculares, y que tenian las primeras cátedras en las escuelas públicas, sedientos siempre de sangre, se juntaron en la casa de Caifás, sumo sacerdote, para deliberar entre sí los medios de perderle y hacerle morir. No querian usar de violencia, ni se atrevian á intentar esto en la solemnidad de la Pascua, temiendo algun alboroto del pueblo que apreciaba mucho á Jesús. No era esta la vez primera que se habian tomado semejantes resoluciones; pero en esta asamblea se convino en que ya no habia de perder tiempo, y que era preciso que este perverso designio tuviese su ejecucion antes de la Pascua, pues así era en extremo conveniente para la salud del pueblo; tal era el oráculo que habia salido de la boca del pontífice: *Conviene que un hombre mueru por el pueblo y no perezca toda la gente.*

Jamás pudo pronunciar hombre alguno una verdad tan importante como esta que pronunció Caifás en el gran consejo de Sion, pues ella no era sino una repeticion de cuanto en la eternidad estaba resuelto en el consistorio de las divinas Personas. El Evangelista refiere el hecho, publica el dicho, y no lo censura como blasfemia, sino que trasmite á la Iglesia como una profecía dictada por el Espíritu Santo al presidente del concilio, diciendo: *Esto no lo dijo de sí mismo, sino que siendo pontífice en aquel año, profetizó.* Con todo, conviene saber que Caifás mantenía en su corazon el furor de un basilisco, y le tenia plagado del veneno de los áspides y de la hiel de los dragones, y si bien profetizó entonces, no era profeta; era impío, era malvado, era apóstata, era enemigo declarado de Cristo y lo queria muerto; y la salud del pueblo de que se mostraba tan celoso, era solo un pretexto para cohonestar el odio feroz é implacable de que estaba poseido contra Jesucristo, el que queria cohones-

tar con pretexto del bien del pueblo; pues como dice el célebre historiador Josefo [1]: Los escribas y fariseos eran una clase de hombres astutos, arrogantes, que se abrogaban la mayor fidelidad en la observancia de la ley, sin separarse jamás de ella en todo aquello en que la tenacidad de su ofuscada razon les hacia inclinar, siguiéndolo con pertinacia, aunque fuese contra la misma ley, la razon y la justicia, siempre que ellos lo creían así conveniente para la consecucion de sus planes y designios.

El Evangelista dice muy oportunamente que *profetizó*. Porque si hubiera conocido el error de su blasfemia, seguramente no hubiera pronunciado el oráculo, pensando tan siniestramente como pensaba de Cristo. Así cubrió toda la apariencia de su infame vicio, con los honores de la virtud, y atropelló, por decirlo así, la mas importante de todas las resoluciones, haciendo el mayor bien á todo el mundo, porque así estaba decretado en los consejos eternos. Solo hubo en esto una diferencia muy notable, y fué la de que ni él ni sus compañeros querian que el sacrificio se verificase en el dia de la Pascua, y Jesús, figurado tantos siglos antes por el Cordero Pascual, queria morir el dia de la Pascua; por lo que permitió al demonio, cabeza invisible de la conjuracion formada contra el mismo Señor, que ofreciese á los judíos una ocasion oportuna para perderlo, la cual aceptaron ellos con mucha alegría y la pusieron por obra en el mismo dia en que segun su determinacion nada debia ejecutarse contra la persona del Salvador.

§ 2.

Come en Bethania en casa de Simon el leproso, y una mujer derrama sobre su cabeza un exquisito bálsamo.

Pasó el Señor segun su costumbre toda la noche en oracion, y los discípulos se retiraron cada uno á la casa donde tenian tambien la de pasar la noche, en la que arrebatado el Señor trató con su Padre sobre la consumacion de la obra que estaba á el encomendada. Na-

[1] Josef. lib. 18 Antiquit. cap. 11, et lib. 16, cap. 4.

da dicen los Evangelistas del lugar en que permaneció el Señor en aquella noche terrible, y parece muy probable fuese en algun paraje retirado del monte de las Olivas. Llegó el día, y dándose su Majestad á conocer, fué inmediatamente buscado por los habitantes de Bethania, que acordándose del estupendo milagro de la resurreccion de Lázaro, corrían siempre en pos de él, porque en todas partes les hacia sentir los saludables efectos de su bondad. Uno entre ellos llamado Simon, y por sobrenombre el *leproso*, de cuyo mal habia sido curado por el Salvador, le convidó á comer. Aceptó su Majestad el convite, y después de haber pasado el dia en sus ocupaciones ordinarias, de predicar á las turbas y curar á los enfermos, fué por la tarde con sus apóstoles á la casa de Simon, en la que se renovaron las principales circunstancias del convite en que se habia hallado unos dias antes en casa de Lázaro, hermano de Marta y María. Apenas se hubieron sentado para comer segun la costumbre de los judíos, cuando entró en la sala del convite una mujer celosa de la gloria de Cristo, y poseida de profunda veneracion hácia su persona. No hay por qué repetir que era esta aquella María Magdalena tan amante de Jesús que no sabia apartarse de su compañía, deseosa de instruirse mas y mas en las santas doctrinas que sin cesar anunciaba, y de manifestarle constantemente la gratitud de su corazon amante por las singulares misericordias que de él habia recibido. Traía en sus manos un vaso de alabastro lleno de un bálsamo exquisito de espiga de nardo, licor de un gran precio y de un olor el mas suave y grato. Se acercó con respeto mezclado de confianza, rompió el vaso y derramó el unguento sobre la cabeza del Salvador. No era nueva esta ceremonia entre los judíos, y su uso y práctica está bien expresa en varios lugares de la Escritura.

En otra ocasion semejante habia dado Judas un mal ejemplo, que en esta siguieron algunos de los apóstoles, aunque su reparo no nacia del fondo de la avaricia de que estaba poseido el corazon de aquel traidor. La liberalidad piadosa de esta mujer les pareció una profusion reprehensible; se indignaron contra ella y murmuraron contra la generosidad con que tan espléndidamente manifestaba su gratitud y amor al Maestro divino. No se escondian al Salvador amantísimo los pensamientos de algunos de los presentes y guardaba res-

petuoso silencio, manifestando aprobar con él lo que algunos de sus discípulos reprobaban; y autorizados estos á su parecer por el silencio de aquel, se atrevieron á producir en público su reprobacion, diciendo en voz bastante alta é inteligible: ¿A qué viene echar á perder sin fruto alguno cosas tan preciosas? Pudiera haberse vendido este bálsamo en mas de trescientos denarios, y esta considerable suma estaria sin duda algurca mucho mejor empleada en alivio de los pobres. Como sabian bien el grande aprecio que Jesucristo hacia de ellos, figurábanse con esto que sus intenciones estaban en perfecto acuerdo y armonia con las de Jesús. No hay duda en que el Salvador los amaba con la mayor ternura, y que en todas las ocasiones se habia declarado su Padre y protector; mas á pesar de esto, no queria que las obligaciones de caridad sirviesen de pretexto para condenar las de la religion, ni las de gratitud y del amor: por esto en vez de aprobar la conducta de los apóstoles la reprendió con severidad, diciendo: *No inquieteis ni molesteis esta mujer por lo que acaba de hacer conmigo.* Esta es una obra, cuyo valor y mérito vosotros no conocéis. En la ocasion presente tiene un mérito grande, y no está enlazado gloriosamente con el porvenir. Ella es una señal de lo que muy en breve ha de suceder. Por lo que mira á los pobres por quienes os interesais, vuestra compasion es digna de elogio, pero siempre tendreis á los pobres con vosotros, y á mí no siempre me tendreis; á aquellos siempre tendreis ocasion de hacerles bien, pero no siempre la tendré yo de recibir semejantes demostraciones de vuestro amor. Lo que fué decirles: Para que entendais el verdadero misterio de la singularísima accion de esta mujer, yo os pregunto: ¿Qué es lo que se acostumbra á hacer con los cuerpos de los difuntos cuando van á depositarlos en el sepulcro? Bien sabeis que los embalsaman con unguentos exquisitos; pues ved aquí la significacion verdadera de la accion de esta mujer. Se ha anticipado al momento de mi muerte; y como si estuviere perfectamente instruida de su proximidad, ha preparado mi cuerpo para la sepultura. *En verdad os digo, que dentro poco tiempo vosotros sereis los panegiristas de esta accion; la publicareis y la anunciareis por todo el mundo como un acto glorioso de piedad cuando váyais á predicar el Evangelio; y la memoria de esta accion durará tanto*

como mi Iglesia. Esta prediccion se ha cumplido y cumple, de manera que nadie lee ni oye en el mundo la pasion de Jesús, que no sepa y aprenda al mismo tiempo la prodigiosa prodigalidad de la mujer de Bethania en casa de Simon el leproso.

3.

Pacta Judas con los escribas y fariseos por un precio determinado la venta de su Maestro.

Uno de los apóstoles que asistieron á este convite en compañía de Jesús, fué Judas, natural de Carioth, llamado por esto Iscariote, de cuyo corazon se habia apoderado de tal manera el espíritu maligno, que lo gobernaba como queria. Sacóle pues de la compañía de su divino Maestro y de la de los demás discípulos para conducirle como esclavo voluntario á la junta ó asamblea de los príncipes de los sacerdotes que estaban reunidos en la casa de Caifás, mientras el Señor permanecía en la de Simon, dando á sus apóstoles las instrucciones que acabamos de ver; y presentado allí el discípulo malvado, dió principio á su traicion diciendo á los magistrados: *¿Qué es lo que quereis darme, y yo os le entregaré?* La avaricia en que ardía su corazon no estaba contenta: miraba con pesadumbre desvanecerse todos los días sus esperanzas en seguimiento de su divino Maestro, sin que se le ofreciesen ocasiones de ganancia por las que ávidamente suspiraba; y creyendo deber aprovecharse de las circunstancias, sabiendo el ardor con que los príncipes de la Sinagoga procuraban apoderarse de la persona de Jesús, maquinó que este sería el camino mas corto para enriquecerse, y por esto no titubeó en presentarse.

No podía hacerse á los escribas una propuesta mas gustosa, y así determinaron darle treinta dineros de plata, los que habia de recibir después de ejecutado su execrable designio. Este fué el precio de la vida de mi Dios, y esto bastó para mover á esta alma apocada y vil al mas execrable de todos los designios. El salmista Rey lo contempló en espíritu, y poseído de amargura y sentimiento no pu-

do menos de clamar en la persona de Jesús, y de decir: "Si mi enemigo me hubiese maldecido, yo lo hubiera sufrido con paciencia. Si los que me aborrecian hubiesen hablado mal de mí, me hubiesen escarnecido y vendido, yo hubiera procurado esconderme de su presencia; pero que lo haya hecho un hombre que estaba identificado conmigo, que era uno de mis allegados, y á quien yo habia elegido para que fuese uno de los primeros capitanes y gefes de mi ejército, esto es lo que me ha llenado de tristeza y amargura." ¿y á quién no llenará de santa indignacion esa traicion tan horrible y espantosa? Por treinta dineros de plata vende Judas á su Maestro; pero segun su propia expresion, aun parece que lo hubiera vendido por menos; vease si no cómo no pide precio determinado y solo dice: *¿Qué es lo que quereis darme?* Y ellos le ofrecieron treinta dineros de plata. Bien pequeña era por cierto la cantidad por un servicio que ellos tenian por tan importante. No lo era tanto seguramente el que prestaron los centinelas que guardaban el sepulcro después de la muerte de Jesús, y sin embargo, para que dijese que sus discípulos habian venido y lo habian robado mientras ellos dormian, ofrecieron, como dice san Mateo [1], una gran cantidad de moneda. Mas como debian cumplirse las Escrituras, le ofrecieron solamente las treinta monedas por la venta de Jesús.

Si Judas hubiese podido penetrar el corazon de Jesús y conocer toda la intensidad de su amor, y del deseo vehementísimo de que estaba animado, seguramente que hubiera desistido de su sacrilego é infernal proyecto; pero ciego y endurecido aceptó el pacto y la oferta, y ya no pensaba sino en hallar ocasion oportuna para ejecutar su intento, sin oposicion alguna del pueblo. Dada su palabra y contraído el empeño, volvió á Bethania poseído del demonio, esperando la ocasion para consumir su designio; tan tranquilo en su exterior y tan satisfecho de sí mismo, como si nada tuviese por qué reprenderse. Desde por la mañana se juntó otra vez con Jesús y con los otros apóstoles, sin manifestarse en nada turbado ni descompuesto, y sin que Jesús manifestase tampoco la menor sospecha

[1] Math, cap. 26, v. 12.

sobre su detestable traicion, para evitar al traidor los embarazos en que necesariamente debia de verse si el Maestro divino, cuya penetracion no podia ignorar, y cuya justicia debia temer, le hubiese manifestado ó con su semblante ó con sus palabras que tenia noticia de su traicion y el precio vil por el que lo habia vendido.

El Evangelista san Juan [1] nos hace observar una circunstancia que tiene como una fuerza divina: dícenos que cuando Judas hizo esto, era de noche. Perdió Judas en una ciega noche todas las luces del cielo; no veria ni consideraba el horrible abismo donde iba á precipitarse cuando se separaba de Cristo y de los apóstoles para unirse á los políticos; sobre lo que dice Orígenes [2]: Era de noche; pero no era una noche sensible, porque sus tinieblas preocupaban el alma de Judas. Que un apóstol se desuna de su colegio, que pase al partido del siglo, que trate con quien trata de perjudicar la causa de Cristo, que consienta sus tratados, que suscriba sus decretos, y que haga cuanto los enemigos quieren, no es posible creer que esto suceda á la primera ráfaga de la tentacion, porque no puede verificarse sino por el abuso del ministerio divino, y hasta que se ha abierto el corazón al demonio y se le ha dado completa posesion en el alma, por el intenso deseo de robar, entonces es cuando el enemigo feroz la fascina á su placer y la arrastra á todos los extremos de maldad, para que ya no le sea posible otra vez unirse á los discípulos de Cristo, sino precisamente á sus enemigos, para venderlo y entregarlo. Es preciso que el interés, la ambicion, la maldad, apaguen en su entendimiento y en su corazón todas las luces de la verdad eterna, y que se difundan sobre su alma las tinieblas de la mas horrible noche, en cuya consecuencia no vea ni el envilecimiento de su grado, ni la profanacion de su órden, ni la violacion de sus juramentos, ni la deformidad del pecado que comete, ni la belleza de la gracia que pierde, ni el Cielo cerrado, ni el infierno abierto, ni Cristo entregado, ni su alma vendida, sino que se lance en medio de estas tinieblas de horror y espanto, á todos los peligros y desgracias á que el demonio, dueño absoluto de su alma, quiere precipitarle. Mas á impedir tanta ruina en la Iglesia, en el apostolado y

[1] Joann. cap. 13. v. 30.

[2] Origen. Tract. 32 in Joann.

en las almas, nos avisa san Pablo [1] diciendo: *No deis entrada al diablo en vuestro corazón.* Sobre lo que dice el venerable Beda: Son muchos los que se horrorizan al contemplar la maldad de Judas, pero muy pocos los que procuran evitar caer en ella; porque el que desprecia los dérechos y deberes de la caridad, este vende y entrega á Cristo, que es todo caridad [2].

§ 4.

Envía Jesús dos de sus discípulos á Jerusalem para preparar las cosas necesarias para la celebracion de la Pascua.

Por mas vivas que fuesen las ansias de Judas para entregar al Maestro divino en manos de sus enemigos, no podia menos de permanecer en su compañía hasta que se le presentase la ocasion que deseaba; así es que aun estaba en la compañía de Jesús cuando llamó su Majestad á dos de sus discípulos, Pedro y Juan, y los mandó ir á Jerusalem para preparar todo lo necesario para la celebracion de la Pascua que queria celebrar aquel dia con ellos, la cual habia de ser la última de su vida. Instaba el tiempo de las misericordias, y el Señor de todas ellas, que tenia dispuesto el salvar á su pueblo, no con el oro y la plata que se corrompen aunque sean metales preciosos, sino con el inestimable tesoro de su preciosísima sangre, quiso celebrar con sus discípulos una muy notable cena antes de apartarse de ellos por la muerte, en signo inmemorial y perenne de su amor, y para contemplar los misterios que todavía restaban que cumplir. Esta cena fué prefigurada en los panes de proposicion que Abimelech ofreció á David; pero fué sobremanera mas grande y mucho mas magnífica, porque era sin comparacion mucho mayor lo que en ella se verificaba. Para comprenderlo bien, es preciso advertir que la fiesta de la Pascua empezaba en Jerusalem para los galileos á las tres de la tarde. El dia que empezaba se llamaba el dia primero de los ayunos. En este dia y desde la hora dicha, hasta ponerse el sol, estaban los sacerdotes ocupados en matar y desollar en el recin-

[1] Div. Paul. Ep. ad Efes. cap. 4. v. 27.

[2] Ven. Bed. in cap. 14 Marci.

to de la casa de Dios los corderos que cada familia debía venir á tomar allí, para comerlos, según el ceremonial prescrito por la ley. Este día era el de la luna décimacuarta del mes, esto es, la feria quinta y vigilia de la Pascua, en la que se comía el cordero.

Jesucristo, que por el origen de su casa y por el lugar de su nacimiento era miembro de la tribu de Judá, era al mismo tiempo por la morada de su familia y por la elección de su domicilio tenido por galileo, podía elegir personalmente, ó el día destinado para los extranjeros, ó el siguiente, en que los habitadores de Judea y de Jerusalem debían cumplir su solemnidad. Pero su Majestad, que sabía que el día mismo en que los judíos debían comer el Cordero Pascual había de espirar en la cruz y sustituir en su persona la realidad á la figura, eligió la de los galileos; y efectivamente sus apóstoles, todos habitadores ú originarios de Galilea, no dudaban que su Maestro, á quien tenían en lugar de Padre de familia, quisiese presidir en la celebración de la fiesta. San Mateo nos hace advertir que los apóstoles invitaron á Jesús y le preguntaron dónde que se preparase lo necesario para comer la Pascua [1]. Y san Lucas es el que nos dice que los discípulos enviados fueron Pedro y Juan [2]. Oyó el Señor la observación de sus discípulos, y como dueño de todas las cosas y como quien tiene un perfecto conocimiento de todo lo que ha de suceder, como efectivamente lo tenía, ordenó que fuesen á Jerusalem, y les aseguró que á la entrada de la ciudad encontrarían un hombre que llevaría un cántaro de agua; que le siguiesen, entrando en la casa donde él entrase; que allí encontrarían al dueño de ella, á quien de su parte habían de decir "El Maestro, cuyos discípulos somos, sabiendo que está cerca su hora, nos ha enviado á pedirnos vuestra sala para celebrar en ella hoy la Pasena con nosotros; y él os mostrará al punto una sala bien grande y adornada de todos los muebles necesarios para una mesa, y en ella prepararéis todo lo necesario para comer el Cordero Pascual." Partieron sin dilación los dos discípulos, y habiendo encontrado las cosas en el estado que les había dicho, apa-

[1] Math. cap. 26, v. 17.

[2] Lucæ. cap. 22, v. 8.

rejaron y dispusieron todo lo necesario para la celebración de aquella fiesta.

El venerable Beda [1] sobre este lugar dice: Habiendo de preparar los discípulos el lugar para la celebración de la Pascua, les salió al encuentro un hombre que llevaba un cántaro de agua, para demostrar que en aquella Pascua se habían de borrar los pecados del mundo. El agua significa el lavacro de la gracia, y el cántaro la fragilidad de aquellos por los que la gracia misma se había de repartir un día al mundo. Jesús les previno que le dijese, *el Maestro dice*, para demostrar que aquel hombre que les había de facilitar el local, era también discípulo de Cristo, aunque oculto, y por esto les proveyó no solo de local, sino de cordero y de todo lo demás necesario; con lo que se demuestra la suma pobreza de Cristo, que ni tenía domicilio, ni habitación, ni de donde poder comprar lo necesario para la celebración de la Pascua: por cuya razón concluye que le preguntaron los discípulos *dónde quería que se le preparase el lugar para comer la Pascua*. Solamente un hombre Dios, para quien nada hay oculto y que conocía las cosas futuras con tanta claridad como las presentes, podía haber dado semejantes órdenes y con tales seguridades. Los dos apóstoles á quienes comisionó el Señor, que le conocían bien y que tenían puesta en él toda su confianza, partieron inmediatamente sin tener contradicción ninguna en cuanto les dijo el Maestro. Caminaron velozmente á la ciudad, hallaron las cosas como Jesús les había dicho. Teniendo asegurada la sala marcharon al templo, hicieron sacrificar en él las víctimas ordinarias, trajeron al Cordero Pascual, compraron las lechugas agrestes, proveyéronse de panes ázimos, y por fin mandaron asar el cordero, con lo que se halló todo dispuesto al tiempo de entrar Jesús con los demás apóstoles.

[1] Ven. Bed. in cap. 22 Lucæ.

5.

Come con sus apóstoles la cena legal, y les declara que uno de ellos lo ha de vender y entregar.

Eran como las siete de la tarde cuando el Señor se dejó ver con sus apóstoles en el lugar que estaba preparado, esto es, en el monte de Sion santo y escelso donde habia de comer la Pascua, significacion que dan muchos padres y doctores al Cenáculo, por la elevacion y grandeza de los grandes misterios que allí se verificaron. Lugar donde los discípulos de Jesús estuvieron escondidos después de su resurreccion por el miedo que tenían á los judíos. Y lugar donde recibieron el Espíritu Santo prometido por el Salvador en el día santo de Pentecostés. Este monte de Sion, monte cuajado de justicia y santidad, monte pingue, monte ameno, monte en el que se complació habitar el Señor, y en el que obró el mayor de todos los milagros, como monte que destila panales de dulzura, y como flor que derrama el aroma mas confortante y grato, llena con su memoria el alma de tan dulces consuelos, que es como imposible el recordarlos y enumerarlos sin poseerse del mas religioso respeto, del temor mas vehemente y del amor mas vivo. En este monte ó cenáculo, en fin, se sentó Jesús á la mesa y con él sus discípulos, segun el órden con que acostumbraban siempre á colocarse.

Aunque el rito de comer el Cordero Pascual, segun lo prescrito por Dios en el Exodo, debia ser estando de pié, con báculos en la mano, ceñidos de sus cíngulos, y en traje de caminantes, se cree con algun fundamento que esto no se verificó sino en la primera Pascua celebrada en Egipto, cuando los israelitas debian ponerse en camino para la conquista de la Tierra santa, y en los cuarenta años que duró su trasmigracion por el desierto; y que por lo mismo estando en Jerusalem, y esta sujeta al imperio romano, habrian adoptado los judíos las costumbres de los romanos y comerian recostados sobre una especie de camillas, segun la costumbre de aquellos; sin

embargo de lo que, es preciso confesar que la *Cena legal* en que debia comerse el Cordero, se verificaria con toda la regularidad que prescribia la ley, que era propia de la Cabeza divina que en ella presidia, ya que desde su primera entrada al mundo se habia circuncrito á la observancia de la ley con la mas puntual exactitud.

No parecia regular que en esta cena se presentasen otros sucesos mas que los ordinarios y de costumbre en semejantes ocasiones; pero la última Pascua del hombre Dios antes de su muerte debia estar acompañada de circunstancias verdaderamente divinas. Apenas se habian sentado á la mesa y empezaban á comer, conversando juntos con la libertad que el amoroso Maestro daba á sus discípulos, cuando echando sobre ellos una mirada llena de bondad, les dijo: "En gran manera y con vehemente deseo he deseado comer con vosotros este Cordero Pascual antes que padezca, porque os aseguro que no comeré mas de él hasta que sea cumplido en el reino de Dios." Que fué lo mismo que si les hubiera dicho: Como el Cordero Pascual por la última vez; ya se acabó para mí la Pascua legal; ya es tiempo que con mi muerte se echen los cimientos de mi Iglesia, y que con mi sangre se establezca y consolide el reino de Dios entre los hombres. La cena del Cordero ordenada por Moisés hará lugar á la del verdadero Cordero de Dios que va á ser inmolado por la salud del mundo. Desde ahora cesan las figuras, y la Pascua verdadera representada en la antigua será efectivamente cumplida por el sacrificio de mi vida. Estos son mis anhelos desde hoy en este mundo, y lo que me ha hecho suspirar por este día en que celebramos juntos esta solemnidad.

Habiendo dicho estas palabras, llenó Jesús un cáliz de vino, dió gracias á su Padre como tenia de costumbre, lo presentó á sus discípulos después de haberle bendecido, y les dijo: "Tomad y distribuid entre vosotros, participad todos de él; porque de verdad os digo, que desde ahora ya no beberé mas de este vino comun, fruto de la vid, hasta aquel día en que lo he de beber nuevo con vosotros en el reino de mi Padre." Y así fué que triunfante y glorioso lo bebió en su Iglesia con sus discípulos [1]; con nosotros que

[1] Actor. cap. 10, v. 41.

comimos y bebimos con él después que resucitó de entre los muertos. Esto es lo que le hizo decir á san Juan en el libro misterioso de la Apocalipsis: Mira que yo estoy parado á la puerta y llamo. Si alguno oyere mi voz y me abriese la puerta, entraré á él y cenaré con él, y él conmigo [1]. Otra significacion no menos misteriosa y profética tienen estas palabras de Jesús: *No beberé mas con vosotros del fruto de la vid como lo hago en esta cena, hasta que haya llegado el reino de Dios*; esto es, en este tiempo que ya se acerca, resucitado de entre los muertos y declarado Rey por mi Padre en su reino celestial, que es la Iglesia de su Hijo, beberé aun del vino en vuestra compañía, con nuevo gozo de mi parte y nueva satisfaccion de la vuestra, y entonces se afianzará mas y mas en vuestros corazones la fe de la nueva vida. Todos bebieron del cáliz segun la orden de su Maestro, y con la mira y consideraciones que sus palabras les habian sugerido. No temió Judas beber de él como los demás. Todos estaban sumamente conmovidos, Judas manifestó estarlo tambien como los demás; pero el traidor se hallaba distraido con pensamientos bien diferentes.

El Señor habia dicho, que vino á pegar fuego al mundo, como nos lo refiere san Lucas [2], y que lo que queria era que todo él se inflamase con el fuego del amor que consumia sus entrañas; así que, no pudiendo mirar con indiferencia el pérfido disimulo, la ciega obstinacion y la inaudita dureza de que estaba poseido el malvado Judas, penetrado de dolor, prorumpió en alta voz y dijo: *Uno de vosotros es el traidor que va á entregarme á mis enemigos: su mano está conmigo en la mesa, y conmigo come*. Como si dijera: Yo voy á ser sacrificado; pero la vista de mi cercana muerte no es lo que mas me atormenta. Otra pena, otro pesar recibo es el que me martiriza y aflige: si yo mismo no os lo dijera, no lo creeriais. Causó este aviso tanto espanto y dolor á los apóstoles, que no atreviéndose á fiarse de sí mismos ni á contar con su propia fidelidad, le fueron preguntando: *¿Por ventura soy yo, Señor?* Pero el Salvador solamente les dijo, que era uno de los que comian en un mismo plato con él; asegurándoles que estaba resuelto á morir, y que se cum-

[1] Apocalyp. cap. 3, v. 20.

[2] Luc. cap. 12, v. 49.

pliria hasta la menor circunstancia de cuanto estaba profetizado del Hijo del hombre en las Escrituras santas. Pero añadió: “Desdichado de aquel que ejecute la accion abominable de entregar al Hijo del hombre; *mejor le fuera no haber nacido.*”

Estremecióronse todos al oír esto, á excepcion del traidor á quien se dirigia aquel discurso, el cual temiendo ser descubierto si no hacia lo que los otros, preguntó con presuncion y arrogancia: *¿Por ventura soy yo, Maestro?* Entonces el Señor le respondió, no con algún rebozo como á los demás, sino claramente: *Tú lo has dicho*. Con todo eso, le habló en voz baja y con semblante tan sereno, que nada pudieron entender aun los que estaban mas inmediatos, ni hicieron reflexion alguna sobrecogidos del temor y espanto que les causaba el delito que les acababa de anunciar, sin descubrirles el delincuente. Quería ganar así á este pérfido, librándole del deshonor que merecia y ejecutar con él, como lo hizo después, uno de los actos mas admirables de caridad y humildad que jamás se vieron. Aunque la contestacion de Jesús era terminante no cayeron los apóstoles en la sospecha sobre quién fuese el verdadero culpador; por lo que dejaron de inquirir mas sobre ana cosa que solo Jesús podia decir, y siempre lo rehusaba.

El Salvador amantísimo miraba con ojos de compasion este falso y desventurado discípulo, de cuya alma se habia apoderado el demonio, y al mismo tiempo consideraba que habiendo llegado ya la hora en la cual era preciso dar cima al importantísimo negocio de la redencion que le habia encargado su Padre, no podia menos de ver si lograria cautivar el corazon de aquel que estaba tan próximo á perderse para siempre; lo que le obligó á hacer nuevos esfuerzos, á fin de ver si podia ganarle.

§ 6.

Lava los pies á sus apóstoles.

Concluida pues la cena legal, se levantó al punto de la mesa, se quitó su manto ó ropa, y ciñéndose un lienzo ó tohali, echó agua en una jofaina, y postrándose á los pies de sus apóstoles, empezó

á levárselos. Era á la verdad costumbre recibida entre los judíos el lavarse una vez antes de sentarse á la mesa; y cuando celebraban la Pascua, practicaban esta accion algunas veces, pero jamás se lavaron los piés, y mucho menos por medio de tan santas manos, como las que ahora se empleaban en este ministerio. Los lavaba y los enjugaba con el lienzo ó tohalla que tenia ceñida, porque queria que estuviesen los suyos perfectamente limpios, porque los preparaba para un banquete nuevo, todo celestial y divino, que pedia una pureza extraordinaria y como angélica. Y los preparaba, en fin, para la predicacion del Evangelio de la paz, de la humildad y del amor. Así fué que se vió el Señor á los piés de los siervos, el Rey á los de los vasallos, el Maestro á los de los discípulos, y el Criador á los de las criaturas, y aun de la mas vil y despreciable de todas ellas. El que está sentado sobre los querubines y tiene por alfombra los cielos mismos, se vió confundido entre el polvo de la tierra; y el Dios de la majestad, de la grandeza y de la santidad, se prosternó ante los piés mas inmundos y despreciables que jamás pisaron la tierra.

El primero á quien se encaminó el Señor para hacerle este obsequio, fué Simon Pedro, el elegido para cabeza del santo colegio apostólico y su vicario sobre la tierra; y era bien que manifestase la distincion que hacia del primero de sus discípulos; pero sobrecogido del temor y lleno de confusion el apóstol, exclamó retirándose: ¡Y qué, Señor, vos quereis lavarme los piés! Vos á mí, Jesús á Pedro, el Hijo de Dios á un hombre pecador! No condenaba Jesús unos afectos y sentimientos tan justos; pero era forzoso llevase á cabo aquel misterio que por entonces ninguno de los presentes sabia comprender; y así le dijo: Lo que yo hago ahora, tú no lo sabes ni comprendes; bien presto lo sabrás; esta no es mas que la preparacion para un fin altísimo que tú has de llenar después; luego te explicaré el misterio. No se convenció Pedro por estas prudentes excusas de su Maestro, y resistia con mayor tenacidad, tanto que fué preciso que Jesús instase con nuevo fervor, y que revestido de su autoridad omnipotente, no solo mandase, sino que amenazase, puesto que, como dice el venerable Beda, ya en otra ocasion habia manifestado su pe-

queñez y miseria á la presencia de Jesús, diciéndole [1]: *Sal de mí, Señor, porque soy hombre pecador*: y en otra le habia confesado y reconocido *por el Cristo Hijo de Dios vivo*; y sabia que él era el Dios de los dioses, el Rey de los ángeles, el Hijo del Altísimo, el espejo sin mancha de la majestad de Dios, y la imagen verdadera de la bondad de su Padre; que era aquel á quien adoran los ángeles y todas las potestades del cielo, ante quien se inclinan aquellas que por su orden sustentan el peso de todo el orbe, y ante el que doblan su rodilla todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno; por cuya razon fué hasta cierto punto necesario que el Maestro divino le amenazase, diciéndole: *Si te resistes y no permites que lave los piés, no tendrás partes conmigo*; esto es, yo te exonero de la dignidad de discípulo mio, y no participarás de la gracia á que te destino.

Bien conoció Pedro el profundo ejemplo de humildad que su Maestro le daba en esta ocasion; pero no comprendia el principal objeto de estos abatimientos y misteriosa cerimonia, la cual no era solo una leccion de humildad de espíritu, sino mas particularmente de sinceridad y pureza de corazon, representada en el símbolo del lavatorio y limpieza de los piés, disposicion necesaria para el grande Sacramento del cual iba á hacer partícipes á los apóstoles. Sacrificio perpetuo en su Iglesia, pan celestial de sus hijos, y fuente de pureza, de sanidad y de gracia; y aunque no profundizó tantos secretos, cedió á la voluntad de Jesús por evitar la amenaza, y dijo: ¡Oh, Señor! pues va en ello la pérdida de vuestra gracia, que es el solo bien que yo estimo, me rindo y sujeto en todo á vuestra voluntad; haced de mí lo que quisieréis, y lavadme, *no solamente los piés, sino las manos, la cabeza y todo el cuerpo*; con lo que manifestó claramente que á todo estaba pronto por no incurrir en su desgracia y ser privado de sus beneficios. A todo esto no pudo menos de replicar el Salvador que no era preciso cuanto él le ofrecia; pues habiéndose lavado antes de la cena, segun la costumbre, debian considerarse como los que salian de un baño, los cua-

[1] Ven. Bed. in cap. 22 Lucae.

les teniendo lavado el rostro y el cuerpo, solo tenían necesidad de hacer esta misma diligencia con los pies, que era lo que solo les faltaba á ellos para estar perfectamente limpios, que era lo mismo que si se les hubiera dicho: Purificados por las gracias que de mí habeis recibido, vuestra conciencia está limpia; pero es necesario usar de esta precaucion y remedio contra las imperfecciones y faltas casi inevitables á la flaqueza humana. Con lo que les mostró la pureza que habian de tener aquellos que deseaban ser partícipes de la celestial mesa, de la cual no podian hacerse dignos si no purificaban antes su alma de las menores manchas, figuradas en el polvo que se pega á los pies.

Terrible fué para Pedro la contestacion de Jesús, y temeroso de perder la gracia y amistad de su Maestro, de ser excluido del apostolado, y de hacerse indigno de merecer nuevos favores; se sometió inmediatamente á todos los designios de su voluntad, sin manifestarle la mas mínima resistencia. Una cosa empero les añadió Jesús, que debia haber puesto á Judas en la mas grande consternacion. *Vosotros, les dijo, estais bastante limpios, pero no todos;* queriendo dar á entender con esto, que conocia los planes y maquinaciones secretas de aquel malvado, á quien daba de cuando en cuando estos recuerdos y avisos, para obligarle á reconocer y á detestar su delito.

Después de haber lavado los pies á todos, y muy particularmente los de Judas que tan pronto habian de correr por los caminos de la iniquidad y de la perdicion, para que se derramara su sangre preciosísima, los que segun el sentir de varios expositores, lavó el Señor con las lágrimas de sus ojos, mas que con el agua que tenia en la jofaina; estrechándolos contra su corazon, para que oyendo los latidos de su amor desistiera de su criminal empresa, tomó sus vestiduras, y volviéndose á sentar á la mesa les dijo: *Ya habeis visto lo que acabo de hacer con vosotros. Me llamais Maestro y Señor, y decis bien, pues en realidad lo soy. Aprended, pues, de mí, vosotros que sois mis siervos y discípulos: aprended á practicar la humildad, porque si yo soy vuestro Señor y Maestro, me he abatido y humillado hasta llegar á lavaros los pies; con mayor ra-*

zon debeis vosotros practicar esto mismo unos con otros, pues el criado no es mayor que el amo, ni el apóstol mas que aquel que le envió. Esta es una verdad que os repito una y otra vez, porque os es de mucha importancia el creerla. Felices aquellos que la pusieron en práctica.

§ 7.

Cena eucaristica, ó institucion del Santísimo Sacramento de la Eucaristia.

Estas palabras que Jesús acabó de pronunciar con la uncion propia del verdadero amor y con la ardiente expresion que este inspira, no pudieron menos de enfervorizar el corazon de los apóstoles, que pendientes de los labios de su divino Maestro, y fija en él su vista para observar con escrupulosa atencion hasta sus acciones mas pequeñas é indiferentes, deseaban con ansia continuase Jesús su discurso para ver si podrian comprender los grandes misterios que insensiblemente les iba anunciando; y deseoso de satisfacer sus ansias les dijo: No todos, discípulos míos, sereis fieles y dichosos. Yo os conozco íntimamente; sé bien quién son los que he elegido para que sean mis apóstoles, y nada de ellos se me oculta: tambien sé que vereis presto cumplirse aquel oráculo del Profeta: El que come conmigo, aquel amigo con quien parto mi pan, ha levantado el pie contra mí para hacerme caer, me ha armado lazos y me ha suplantado. En mí es en quien se cumplen las palabras de David. Que fué lo mismo que decir: Las traiciones hechas á este Rey de Israel por sus hijos ó por sus súbditos, eran una figura solamente de las que uno de mis discípulos me prepara. Así se cumplirá segun el rigor de la letra una prediccion que caracteriza personalmente al Mesías; yo os aviso de ello para que cuando veais cumplida mi prediccion, creais en mí y empecéis á reconocerme por el que soy: confirmaos en la fe que os he enseñado, y jamás vacile la esperanza de vuestro corazon, porque el estado doloroso por el que muy en breve me vereis pasar, ha de ser precisamente una confirmacion

de cuanto os he dicho; pues no se os podrá ocultar que todo lo he previsto, todo lo he aceptado y todo lo he profetizado.

No os afijais por esto ni creais que á pesar de la rabia de mis enemigos y de la fiereza de un traidor que me pondrá en sus manos, desistiré de protegerlos; pues siempre estaré con vosotros, repitiéndoca ahora lo que ya os tenia de antemano prometido. Estad asegurados de la asistencia de mi Padre y mía, y que recibiremos como propios los buenos tratamientos que los hombres os hicieren; porque todo aquel que recibiere al que yo envío, me recibe á mismo; y el que me recibe, recibe á mi Padre que me envió. Estas divinas lecciones de humildad profunda, de una perfecta pureza de corazón, y de una caridad respetuosa para con sus hermanos, disponian admirablemente á los apóstoles para el celestial banquete que Cristo queria instituir. Siglos habian de parecer forzosamente á un pecho tan enamorado, los momentos que se diferia su institucion; pero atendido el sagrado texto en la relacion de san Juan [1], parece que su Majestad queria obrar con alguna precaucion. Importuna le era la presencia de Judas, aunque se abandonaba con gozo á él para ser entregado con gusto á sus enemigos y redimir al mundo; pero tenia horror de prostituir su cuerpo y su sangre en el sacramento de su amor, á un discípulo infiel, y de darle potestad para consagrarlo. Y parece que no era razon que los divinos misterios y el sacerdocio de la nueva ley entrasen en la Iglesia con la profanacion de un apóstol sacrilego que Jesús habia procurado convertir, pero sin poder satisfacer los deseos de su amantísimo corazón.

Tampoco ignoraba Jesús que habia llegado la hora en que habia de pasar de este mundo al Padre, y que el Cordero de Dios, victima sola digna de Dios, corria á su sacrificio, cuyos momentos no pensaba interceptar ni entorpecer. Miraba á su rededor á los que habia elegido para que fuesen predicadores de su Evangelio y fundadores del reino de Dios en la tierra. Siempre los habia amado tiernamente, pero al fin, en el punto en que se disponia separarse de ellos, queria darles pruebas de mayor y mas tierno amor. Registró

[1] Joann. cap. 13, vs. 21 et seqs.

los secretos inmensos de su poder y de su sabiduría, y encontró en ellos medios eficacísimos para conciliar su ausencia, tan necesaria como gloriosa, con la horfandad de sus discípulos; pequeña grey, que parecia quedar abandonada y expuesta á todos los peligros del mundo y á las persecuciones de sus enemigos; y para alentarlos, consolarlos y confortarlos, les dijo: *No temais, yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos: no os dejaré huérfanos, ni sin proteccion ni recompensa. Yo os tengo preparado un reino como me lo preparó mi Padre, para que en el comais y bebais sobre mi mesa y os senteis sobre tronos para juzgar á las doce tribus de Israel.* En verdad que palabras tan llenas de consuelo no podian menos de lisonjear el corazón de los apóstoles, viendo que habian de ser admitidos, no solo en el nuevo y misterioso banquete que estaba preparado á la Iglesia, sino en el que se les prometia en el nuevo reino; y porque bajo el símbolo de los tronos se les iba á revestir de una autoridad espiritual para gobernar é instruir, para condenar y para absolver, para retener y perdonar los pecados, y para consagrar y ofrecer á Dios perpetuamente el puro y excelente sacrificio de la nueva alianza, de que ellos y sus sucesores en el sacerdocio habian de ser únicos ministros hasta la consumacion de los siglos.

Tales y tan grandes pensamientos no podian nacer sino de una alma tan singular y generosa como la de un Hombre-Dios, ni podian ejecutarse sino es con el mayor de los milagros de su infinito poder. Estando, pues, todos sentados á la mesa, Jesús, que ejercia las funciones de Padre de familias, tomó un pan ázimo ó sin levadura que, segun la costumbre de los judíos, debia estar en ella, durante la comida del Cordero [1], y teniéndolo en sus manos dió gracias á su Padre por el poder inmenso que le habia confiado sobre toda la naturaleza, poderío de cuyo uso no tuviera necesidad alguna si solamente pensara en dejar á su Iglesia un símbolo y figura de su cuerpo y sangre, la apariencia de un sacrificio y la sombra de un sacerdocio. Bendijo el pan, lo partió y dió á sus discípulos di-

[1] Thalmud in Tractat. De Sanctificat. Paschalis.

ciéndoles: *Tomad y comed; este es mi cuerpo.* El mismo que voy á entregar á la muerte, y que desde este punto se ofrece en sacrificio como se ofrecerá en la serie de todos los siglos.

En la noche de la tribulacion se prepara el pan de los fuertes; en la víspera de la pasion se instituye la memoria perpetua de ella; en lo uno y en lo otro resplandece la caridad infinita de Cristo. Espía el Salvador las alegrías y los gozes de los banquetes del mundo, con la tristeza de esta cena en que ve tan próximo su suplicio. Deshonrado es Dios por esos desahogos excesivos de las pasiones que tan frecuentes son en las mesas de los amigos. Aquí en esta mesa se ve un cuadro en pequeño de la Iglesia católica, mezclada de buenos, de ácidos y de malos, unidos en la profesion exterior de una fe misma, y en la participacion de unos mismos Sacramentos. En lo que exteriormente se ve, no hay ni ha habido jamás al parecer en el mundo, reunion mas igual ni mas unida que la de los que comen en esta mesa. Mas ¡oh, qué diferencia hay á los ojos de Dios entre el autor de la vida que toma el pan para dejaros á todos un vivo recuerdo de su muerte, y el traidor que ya lo tenia vendido á los ministros del infierno! Antes de repartirlo da gracias á su Padre y nos enseña á prepararnos para recibir los dones de Dios, y para usar bien de ellos; y así preparado, *instituye el Sacrificio, el Sacerdocio y adorabilísimo Sacramento del Altar de la nueva ley.* ¡Qué deberemos hacer nosotros, á cuya santificacion se ordenaron estos tan singulares beneficios? Desfallean verdaderamente el corazon, el espíritu y el entendimiento al contemplarlos.

Este es mi cuerpo, dice Jesús, que por vosotros será entregado. ¡Oh, qué palabras tan tiernas! ¡Oh palabras dulcísimas! ¡Oh palabras santísimas, dignas de ser escuchadas con sumo amor y reconocimiento! ¡Oh palabras eficacísimas como las que salieron de la boca del mismo Dios en los dias de la creacion! *El Señor lo dijo y todo quedó hecho; él lo mandó y todo quedó creado.* *Este es mi cuerpo,* dijo Jesús, y la sustancia del pan se convirtió inmediatamente en la sustancia real y verdadera del cuerpo de Jesús. Estas palabras santas, augustas, tremendas, justifican la fe de la Iglesia católica acerca de la real presencia de Jesucristo en la Eucaris-

ta; en ellas se encierra el establecimiento del culto cristiano, la institucion de la nueva ley, el contrato de la verdadera alianza, el testamento de un Padre que muere porque vivan sus hijos. Por esta nueva institucion cesan los sacrificios de la Ley antigua, se aclaran las sombras y sucede la verdad á las figuras. Jesús, que como Dios que era crió el pan para alimentar nuestros cuerpos, lo transustancia ahora en su propio cuerpo para alimentar nuestras almas y para transformarnos en sí mismo. Admirémos y venerémos esta oscuridad y humillacion con que obró Cristo el mayor de todos los milagros. No hay cosa mas llana y mas simple en la apariencia que esto que hace aquí el Señor; pero tampoco hay obra mas alta y maravillosa á los ojos de la fe. Instituyendo el Señor la Eucaristia en el cenáculo, se anticipó al sacrificio de su muerte, sin embargo de que lo habia de consumir en el Calvario; dejándose matar en la cruz para dar vida al mundo, quiso que se continuase en toda la tierra aquel sacrificio cruento, por medio del incremento que se celebraba sobre nuestros altares; por esto dijo: *Haced esto en memoria de mí.*

Lo que practicó Jesús para convertir el pan en su cuerpo, lo repitió para trasmutar la sustancia del vino en su sangre. Todo es nuevo, admirable y prodigioso en estas misteriosas operaciones, aunque ejecutadas bajo de elementos y símbolos comunes y sensibles. Tomó pues la copa ó cáliz en su mano, y echándola su bendicion como lo habia hecho con el pan, la puso en manos de los apóstoles diciéndoles: *Bébed de ella todos: este es el cáliz del nuevo Testamento en mi sangre, por la cual hago yo con los hombres una nueva alianza, y ella será derramada por vosotros y por otros muchos, para que sirva de remision de todos los pecados.* He aquí en compendio nuestra santísima religion; la alianza del hombre con Dios confirmada con la sangre del Hombre-Dios. Mientras permanezca la religion sobre la tierra, que será hasta el fin del mundo, y mientras esta alianza, que solo está comenzada, vaya cumpliéndose con el trascurso de los siglos, es necesario que esta sangre permanezca tambien sobre la tierra, realmente presente á los que contraen la alianza; que sea ofrecida á Dios, y que la aspersión de ella

se haga por medio de la comunión en el corazón de los cristianos, donde la alianza se celebra. Este es el recuerdo perpetuo que nos mandó hacer Cristo de su sagrada pasión y muerte, anunciándola hasta su venida. Por lo que estamos ciertos que á la Iglesia nunca jamás le faltará sacrificio con que aplacar á Dios, y que la Eucaristía subsistirá hasta la segunda venida de Cristo, en la que renovada toda Iglesia por la participación de su gloria, y unida á él como á su cabeza, ofrecerá por él, con él y en él este sacrificio, y tendrá parte en él alimentándose de la verdad increada, que es el pan y la vida de los escogidos.

Los antiguos sacrificios autorizados por la ley de Moisés, si bien fueron útiles en la situación y circunstancias en que se encontraba el pueblo hebreo, no se instituyeron para durar eternamente. Eran elementos muy imperfectos é ineficaces para santificar los hombres y purificar las almas y los espíritus; por lo que decía san Pablo [1]: Lo que importa sobre todo es fortalecer el corazón con la gracia, no con aquellas viandas que nada aprovecharon á los que vivían confiados en ellas. Tenemos un altar ó una víctima que es el mismo cuerpo de Jesucristo, de que no pueden comer los que sirven al tabernáculo, esto es, los que se creen obligados á observar la antigua ley, la cual prohibía comer de la víctima en el sacrificio de la expiación. Así que, á la presencia de este nuevo sacrificio debían cesar todas las víctimas, sacrificios y ofrendas de los judíos, y desaparecer las tinieblas con la presencia de la luz, conforme estaba anunciado por los profetas. Por uno de ellos [2] hizo decir expresamente el Señor á su pueblo: No está ya mi voluntad con vosotros ni me podeis agradar, ni recibiré ofrendas de vuestra mano. Vuestros sacrificios no me son aceptables, porque desde el Oriente hasta el Poniente es grande mi nombre entre las gentes y naciones; y en todo lugar se ofrecerá á mi nombre una ofrenda limpia y pura; por lo que lo que estaba anunciado tanto tiempo antes de la venida de Cristo se verificó en la institución de este augustísimo y adorable Sacramento que ha de subsistir, según la promesa de Cristo, hasta

[1] Div. Paul. Ep. ad Hebreos. cap. 13, vs. 9 et 10.

[2] Malaqui. cap. 1, v. 10 et 11.

la consumación de los siglos; siendo su carne verdadera comida y su sangre verdadera bebida, para que el que coma de su carne y beba de su sangre quede unido á Cristo, y este inefable Señor quede también verdaderamente unido á él. Esta es la grande y misteriosa significación que tenían aquellas palabras con que Jesucristo anunciaba anticipadamente esta tan admirable transustanciación, diciendo: *El pan que yo os daré es mi carne, la cual será entregada por la vida del mundo.* Así fué que los discípulos, los apóstoles, los primeros fieles, los pastores y ministros, los sabios y doctores del cristianismo, y en fin, tantos varones eminentísimos en sabiduría y en virtud, é ilustrados por Dios, como han florecido en la Iglesia desde su establecimiento, han entendido aquel lenguaje del Salvador, de la misma manera que hoy lo entiende la Iglesia católica romana, testificando la presencia real de Jesucristo en el adorable sacramento de la Eucaristía. De todo lo que se infiere que el dogma de la transustanciación no es un dogma nuevo ni una mera invención de algunos doctores crédulos, sino que trae su origen é institución del mismo autor de los Sacramentos, y que es un artículo de fe creído perpetua y constantemente en la Iglesia universal, como uno de los principales y fundamentales, sin cuya creencia no se puede conseguir la salvación eterna.

§ 8.

Aclaraciones importantes de Cristo, y fervorosas súplicas á su Eterno Padre.

Tristes estaban por una parte los apóstoles; afligidos y consternados, viendo que Jesús les anunciaba tan cercana su muerte, y por otra se manifestaban algo consolados con las lisonjeras promesas que les había hecho, al mismo tiempo que tenía el Salvador divino su corazón lleno de amargura, y no podía ver sin un excesivo dolor y pena inexplicable á su cuerpo sacrosanto en el de un traidor que ya le había vendido. La vista de tan horrible sacrilegio le obligó á quejarse de nuevo de la perfidia que se iba á ejecutar contra su

persona, y de ella habló otra vez á sus apóstoles con palabras mucho mas sentidas que aquellas que les habia dicho antes; y aunque es verdad que ninguna pasion podia causar la menor turbacion en su ánimo, con todo, se apoderó de tal manera la tristeza de su corazon, que se mostró totalmente conmovido y turbado; y aquel que hace temblar al cielo, estremecer la tierra y conturbarse el infierno, se estremeció de horror, ya fuese para mostrarnos la gravedad del delito, ó ya para darnos á conocer la repugnancia que tenia en quejarse de la infidelidad de uno de los suyos, y quizá quiso enseñarnos tambien cuánto ha de ser el cuidado que debemos tener en no hablar de las faltas ajenas cuando podemos ocultarlas, pues así las disimulaba quien las tenia tan presentes. Dejó pues que saliera á su semblante toda la turbacion de su alma, y poseido de suma tristeza dijo á sus discípulos: *De verdad os digo* y os lo aseguro una y otra vez, *que uno de vosotros me ha de entregar.* Este fué un segundo aviso para Judas, del que tampoco se dió por entendido. Los demás discípulos se miraban preguntándose unos á otros con los ojos, y se examinaban á sí mismos. Si se ofrecia á su imaginacion la sospecha de alguno, la desechaban al punto como temeraria. Judas se mantenía ciego en su obstinacion sin que nada le hiciese mudar de propósito, lo que fué echar el colmo á su desdicha. Se cansó Pedro de estar en una tan cruel incertidumbre. Todos sabian lo que amaba á su Maestro; ya era esta la tercera vez que oía hablar de un desdichado dispuesto á ser traidor, y que este era del número de los doce apóstoles; por lo que nada bastaba á quietarle y contenerle; sin embargo, se contenía porque observaba que Jesús nunca nombraba al traidor, aunque tan amargamente se quejaba de la traicion.

Esta reserva de Jesús era el freno del atrevimiento de Pedro; y aunque á ninguno cedía en amor á su soberano Maestro, no se atrevia á hacerle directamente una pregunta para satisfacer su curiosa ansiedad. A su frente tenia al discípulo amado recostado sobre el lado izquierdo de Jesús con una familiaridad tan grande, que solo la amabilidad y dignacion de Jesús podia permitirle. Estando pues frente á frente Pedro y Juan, hizole aquel señal para que inquiriese secretamente de él quién era el que lo habia de entregar. Como es-

taba Juan inmediato al oido de su Maestro y poseia su corazon, se tomó la libertad de preguntarle quién era aquel hombre malvado; y le respondió el Salvador: Que era aquel á quien daria un bocado de pan mojado en su plato. Después de esto tomó Jesús sin afectacion alguna un bocado de pan, lo mojó y se lo dió á Judas, y este lo recibió y se lo comió. Tras este bocado empezó el demonio á agitarle y á moverle con un infernal furor; no pensaba ya sino hallar algun pretexto para dejar la mesa é ir á consumir su traicion. Acaso esperaba que se extendiesen bien las tinieblas de la noche para escapar, ó que cuando acabada la cena se retirase el Maestro divino á hacer oracion. Pero Jesús, que tenia designios de cumplir, en los cuales no queria tener por testigo á un apóstata, le ofreció la ocasion que él mismo esperaba, diciendo: *Lo que has de hacer, marcha y hazlo luego.* Solo el discípulo amado pudo comprender el sentido de estas palabras; pero ninguno de los que se hallaron presentes entendió la significacion de ellas; y lo mas que se ofreció á algunos fué, que teniendo Judas el dinero que les ofrecia la caridad de los fieles para su alimento, le mandaba el Señor ir á hacer alguna provision para la Pascua, ó á dar alguna limosna á los pobres. Apartóse pues el malvado de la compañía de Jesús, sin que los favores ni las caricias de tan amable dueño hubiesen podido ablandar su corazon. Le dejó ir su Majestad como oveja dañada y enferma que solamente podia servir de inficionar á los demás.

Luego que Judas hubo de allí partido, dijo Jesús á sus discípulos: Ahora va á ser esclarecido y ensalzado el Hijo del hombre, y Dios será por él glorificado. Y por quanto Dios será en él glorificado, tambien lo glorificará en sí mismo, resucitándolo de entre los muertos, y luego lo ensalzará sentándolo á su diestra en los cielos. Hijitos, por un corto tiempo estaré aun con vosotros. En esta misma noche mis enemigos me apartarán de vosotros para conducirme á la muerte. Me buscareis; pero como dije en otra ocasion á los judíos, á donde yo voy vosotros no podeis venir; os lo repito ahora á vosotros. Cortas, pero enérgicas y afectuosas, fueron estas palabras de Jesús. En ellas se descubre la gran dignidad de la persona que habla y el carácter de un Dios hombre superior á todos los hombres; en ellas se admira la fortaleza heroica y la tranquilidad de su alma